

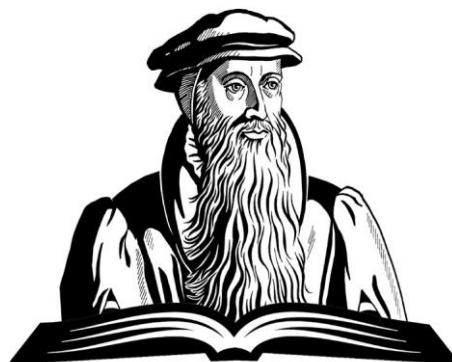
Serie de videoconferencias

por el Rev. A. T. Vergunst

RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS EN LA IGLESIA

Conferencia 2

Instrucciones de Jesús sobre la confrontación



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la Iglesia en todo el mundo

John Knox Institute of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la Iglesia en todo el mundo

© 2021 by John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio, con fines de lucro, salvo en citas breves con fines de revisión, comentario o investigación, sin la autorización escrita del editor, John Knox Institute, PO Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas proceden de la versión Reina Valera 1960.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. A. T. Vergunst es ministro del Evangelio en la Reformed Congregation de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación de la Reformed Congregations of New Zealand.

www.rcnz.org

A photograph showing the backs of two men in conversation. The man on the left is wearing a dark hoodie, and the man on the right is wearing a dark jacket. They appear to be outdoors with greenery in the background.

RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS EN LA IGLESIA

Serie de videoconferencias

por el Rev. A. T. Vergunst

1. Introducción
2. Instrucciones de Jesús sobre la confrontación
3. Arrepentimiento, confesión y perdón
4. Rodeados de oración y amor
5. Excomunión y restauración

RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS EN LA IGLESIA

por el Rev. A. T. Vergunst

Conferencia 2

Instrucciones de Jesús sobre la confrontación

Queridos amigos, bienvenidos de nuevo a los estudios sobre La Resolución de Conflictos entre Creyentes. Para hacer que nuestros corazones entren en calor al llamamiento del Rey, consideremos por un momento estas tres escrituras sobre este similar tema. En Salmos 141, versículo 5: «Hírame y repréndame el justo, *será para mí* un favor; *este* bálsamo excelente no lo rechace mi cabeza». En Proverbios, capítulo 9, versículo 8: «No reprendas al escarnecedor, para que no te aborrezca; corrige al sabio, y te amará». También en Proverbios 27, versículos 5 y 6: «Mejor es reprensión manifiesta que amor oculto. Fieles *son* las heridas del que ama, pero importunos los besos del que aborrece».

Ahora, al considerar estos mandatos del Señor, notamos la unidad de las escrituras acerca de este tema. El pecado necesita confrontación: amable, amorosa, clara, decisiva y sabia. Y en Mateo 18, el Señor ha esbozado el proceso de cómo hacerlo. La experiencia ha demostrado que seguir sus órdenes trae bendiciones. Y por consiguiente, cada comunión de iglesia, o cada iglesia local de Dios, debería esforzarse en seguir las instrucciones de Jesús.

Como veremos en detalle, hay cuatro niveles en los que tenemos que tratar con la cuestión del pecado. Primero, siempre comienza en el nivel personal: examínate a ti mismo. Esto es seguido, en segundo lugar, a nivel privado, entre tú y la otra persona. Tercero, si esto no ha tenido éxito, se pasa a un nivel más extenso: tenemos que añadir un testigo en el proceso. Y finalmente, se llega al nivel congregacional, donde toda la iglesia se tiene que involucrar. Ahora, tras revisar estos cuatro niveles, concluiré con un breve estudio acerca del resultado deseable e indeseable de todo esto. Obviamente, el resultado deseable es el arrepentimiento, que debería ser seguido por el ejercicio de un genuino perdón. Ahora, el resultado indeseable es el rechazo de arrepentirse y reconciliarse, el cual, tristemente, conduce a la excomunión. Bien, ¿cuál ha de ser nuestra relación y nuestra responsabilidad tras la excomunión? Lo veremos a la conclusión de nuestros estudios.

Así pues, ahora, el primer nivel de confrontación comienza con una confrontación personal o —tal vez, mejor dicho— un examen personal. Ahora, observen un aspecto que no está dicho directamente en Mateo 18, pero que está claramente enseñado en Mateo 7, versículos 1 al 5, así como en Gálatas 6, versículo 1. En el pasaje de Mateo 7, el Señor nos enseña que no tenemos que juzgar a otros con un juicio desfavorable y condenatorio. En el pasaje de Gálatas, nos dirige a tratar con hermanos o hermanas que están en falta, «con un espíritu de mansedumbre». Así, entonces, en el pasaje en Mateo 7, versículos 1 y 2, Jesús dice: «No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, se os medirá». Ahora,

Jesús no dice que no podemos juzgar si las acciones de alguien son malas o buenas conforme a su estándar divino. Más bien, el Señor pone su dedo en el espíritu con el que lo tenemos que hacer. Nunca debe ser en el espíritu de: «Yo soy mejor que tú», sino más bien en el espíritu de: «No soy distinto que tú, pues también soy un pecador. Y si hay alguna diferencia entre tú y yo y mi comportamiento, es por la gracia de Dios que me ha guardado y me ha guiado».

Ahora, para transmitir este punto, el Señor hace una afirmación notable y gráfica: que primero tenemos que considerar la viga en nuestro ojo antes que tratemos con la paja en el ojo del hermano. La palabra original para «paja» es como una astilla de aserrín, mientras que la viga, en el original, se refiere al madero que se usa en la construcción: una viga o madero en tu propio ojo; una astilla en el ojo del otro. Ahora, el mensaje que ilustra Jesús es poderoso. Quitar una astilla de aserrín del ojo de tu hermano es un trabajo delicado. No sólo necesitas manos finas, herramientas adecuadas, sino que también necesitas una buena vista. Pero amigos, si hay una viga como un madero atascado en vuestro ojo, acabarías haciendo una amputación de ojo en vez de una delicada operación para quitar el polvo. ¡Y cuán a menudo ocurre esto cuando confrontamos a hermanos y hermanas en la familia de la iglesia acerca de sus faltas contra nosotros o con el cuerpo de la iglesia! En vez de salvar su alma y restaurar el compañerismo, acabamos por perderlo completamente.

Pero ¿cómo entonces nos aproximaremos a la delicada operación de ojo de nuestro hermano o hermana en el espíritu correcto? ¿Cómo llegaremos a ser la herramienta adecuada en las manos del Señor? Llegamos a serlo al seguir la instrucción de nuestro Señor al mirarnos primero a nosotros mismos. La primera instrucción es que necesitamos orar para vernos a nosotros mismos a la luz de la Palabra de Dios. En los Salmos, encontramos peticiones muy apropiadas a que nos ayude con estas oraciones, al examinar nuestra relación al respecto. Tomen, por ejemplo, la petición de David en el Salmo 139, versículos 23 y 24: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si *hay* en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno». Ahora, otra petición parecida se encuentra en el Salmo 19, versículos 12 y 13. David oró: «¿Quién entenderá *sus propios* errores? Líbrame de los que *me* son ocultos. Detén asimismo a tu siervo de las soberbias; no se enseñoreen de mí». ¿Cómo Dios responde estas peticiones, cuando nosotros las presentamos delante de él? ¿Cómo seré examinado?

Bien, esto nos lleva a la segunda instrucción, de prepararnos nosotros para la confrontación. Dios responde estas peticiones a través de su Palabra y Espíritu. Y cuando Jesús oró en Juan 17:17: «Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad». Así, es en su verdad que Dios nos santifica. La Palabra de Dios es el espejo por el cual aprendemos a vernos más y más como faltos en todos los sentidos. Y no es por casualidad que las peticiones en el Salmo 19, versículos 12 y 13, vayan precedidas por una descripción de la Palabra de Dios y de su efecto en el creyente. Oigan estas palabras: «La ley del SEÑOR es perfecta» —¿y qué hace? — «convierte el alma; el testimonio del SEÑOR es fiel» —¿y qué hace? — «hace sabio al sencillo». «Los preceptos del SEÑOR son rectos» —¿y qué hacen? — «alegran el corazón; el mandamiento del SEÑOR es puro» —¿y, de nuevo, qué hace? — «alumbra los ojos». Así, lo mismo pasa en 2 Timoteo 3:16 y 17, donde leemos: «Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra». Por consiguiente, todos los cristianos se han de presentar en oración ante el escrutinio de las escrituras, pues es a través de la Palabra de Dios que somos confrontados personalmente con nuestros propios pecados y descarríos, con nuestras debilidades, nuestras propias enfermedades. Su Palabra nos abrirá los ojos acerca de las áreas en nuestra vida personal, donde se necesita la corrección espiritual o el crecimiento espiritual. Y amigos, viendo nuestros propios pecados, esto nos preparará para afrontar a un hermano o una hermana con sus pecados, porque ¿qué es lo que hace? Nos hace mansos, por la bendición de Dios.

Y así, la tercera instrucción que nos preparará personalmente para confrontar al hermano o la hermana en la familia de la iglesia son las enseñanzas de Hebreos 10, versículos 24 y 25. Leemos allí: «considerémonos los unos a los otros para estimularnos» —o para incitarnos unos a otros— «al amor y a las buenas obras... exhortándonos». Ahora, compartir con otros santos siempre es un ejercicio de confrontación, pues vuestro ejemplo exhorta, o redarguye, o anima a otros, y otros te hacen lo mismo a ti. Hierro con hierro se aguza, así también la interacción de los santos entre sí nos aguzará en el caminar de la vida. También abrirá nuestros ojos acerca de cuánto nos falta, cuando miramos si sobreabundamos en el amor y las buenas obras. Ahora, el ver nuestras perpetuas carencias es la herramienta de Dios para cultivar la mansedumbre de la que Gálatas 6:1 nos instruye. Y Dios dice ahí: «Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que *son* espirituales, restaurad al tal con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado». Ahora, el espíritu de mansedumbre es una de las características más esenciales que se necesitan para confrontar eficazmente a otro creyente en su pecado. Debemos buscar el ministerio de Dios en oración para que nos haga mansos. La mansedumbre siempre es el fruto de conocer a Dios. Es el fruto de estar en su Palabra. También es un fruto del compañerismo con otros santos, ministrado en nosotros por el Espíritu Santo.

Ahora, además de este beneficio personal de pasar tiempo con otros miembros, también hay un beneficio preparatorio en el ejercicio de la confrontación. Pues la buena y positiva interacción con otros fortalece la confianza. Aprendes a conocerte y a apreciarse unos a otros; a confiar unos en otros. Aprendes que hay amor y cuidado en el corazón de cada uno. Y entonces, amigos, si es necesario confrontar a otro creyente en una cuestión de pecado, será más fácil hacerlo, puesto que hay una base de confianza y respeto, y hay una relación de amor. Esto puede hacer la confrontación mucho más fácil que tener que confrontar a un miembro que has descuidado o ignorado, y con el que, por consiguiente, no tienes una relación con él.

Pasemos, entonces, y miremos el segundo nivel de confrontación. Este se ha de hacer, antes que nada, en un contexto personal. El Señor Jesús en Mateo 18, versículo 15, da su instrucción: «Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano». Ahora, hay cuatro instrucciones específicas que el Señor Jesús nos da en este mandamiento.

Primero, ¿quién ha de confrontar al hermano o hermana que yerra? Aprendemos que el Señor espera que el ofendido confronte al pecador ofensor. Escuchen de nuevo, cuando el Señor Jesús dice: Si él pecare contra ti, ve y díselo. En Lucas 17:3, esto se refuerza: «Si tu hermano pecare contra ti, repréndelo». Así pues, cada cristiano es responsable de comprometerse en preservar la unidad en el cuerpo de Cristo. Ahora, por consiguiente, cuando vemos el pecado, no vamos y lo hablamos con otros, o se lo decimos a nuestros líderes espirituales, no, el Señor te instruye qué es lo que has de hacer. Tú no puedes dejarlo o no puedes pasarlo a otros. Tampoco puedes tratar de ignorarlo o cubrirlo con una sonrisa hipócrita, como si no se hubiera pecado contra ti o como si el pecado nunca hubiese ocurrido. El Señor te ordena llegar a ser parte de la solución, poniendo sobre ti tu responsabilidad para el bienestar del reino. Si él peca contra ti, ve y díselo.

En segundo lugar, ¿a quién debes confrontar? Bien, Jesús llama a la persona «tu hermano», y por supuesto, esto incluye también a tu hermana. Entonces, ¿es todo aquel que es un cristiano genuino? ¿O es sólo aquellos a los que yo conozco personalmente como cristiano? Bien, idealmente, es todo aquel que pertenece al cuerpo de Cristo por fe, pero está claro que Jesús no pretende que tengas que hacer esto a cada hermano o hermana en la iglesia universal. Está claro que los hermanos que no conoces o que no pueden encontrarse contigo no pueden pecar directamente contra ti. Jesús está, por tanto, instruyéndonos a tratar con hermanos en la familia de nuestra iglesia local. Es de ellos que experimentamos los efectos de sus pecados.

Así, en tercer lugar, ¿con qué debemos confrontar a nuestro hermano o hermana? Jesús especifica que hemos de confrontarlo acerca de su pecado contra nosotros. Un pecado es una violación de la ley de Dios. Es un acto pecaminoso: algo que está prohibido o algo que es ordenado por Dios. Noten que el Señor no especifica el pecado en este pasaje, pero todos y cada uno de los pecados que son públicos y nos dañan a nosotros y a nuestra relación, ha de ser confrontados. Hasta qué punto hemos de llegar a definir el «nosotros» puede ser discutible. Ahora, ¿es un pecado contra nosotros, una actitud de falta de perdón que alguien tiene contra otro miembro? ¿Es un pecado contra nosotros, que un miembro esté viviendo en el pecado de la embriaguez? Estas no son preguntas fáciles de responder. Pero el punto es, si tales pecados afectan al cuerpo, entonces se puede decir que son contra nosotros y, por consiguiente, necesitan ser confrontados, incluso si no fueron hechos personalmente contra nosotros.

El Señor usó la palabra «pecar». Claramente, está apuntando a una acción, más que a una actitud o motivo. Las actitudes y los motivos en otras personas nos son imposibles de evaluar. Ahora, aunque algunas palabras o acciones nos pueden dar una indicación acerca de un motivo o una actitud pecaminosa, todavía no somos capaces de juzgar el corazón. Por consiguiente, el pecado siempre ha de ser una acción que debe ser verificable por los hechos, no basado en sentimientos, o impresiones, o conjeturas. Un pecado también es algo que está claramente prohibido u ordenado en la Escritura, e identificado como una transgresión de la ley moral de Dios o enseñanza doctrinal. Así, por ejemplo, una visión diferente que un cristiano tenga en el ámbito de la libertad cristiana no es un pecado contra la ley moral de Dios. Y el uso de nuestra libertad cristiana no se puede censurar.

Bien, por último, un pecado también es algo que no puede ser pasado por alto o no puede ser cubierto con amor, como se dice en Proverbios 19, versículo 11, o 1 Pedro 4, versículo 8. En Proverbios 19:11, se nos instruye esto: «La cordura del hombre detiene su furor, y su honra es pasar por alto la ofensa». En 1 Pedro 4, versículo 8, el Señor ordena: «Y sobre todo, tened entre vosotros ferviente amor, porque el amor cubrirá multitud de pecados».

Ahora, ejemplos de pecados que pueden ser pasados por altos o cubiertos con amor son, por ejemplo, cuando un hermano o una hermana es desagradable, o inconsiderado, o impaciente, o usa un tono duro de voz, o incluso actuó inmaduramente. Ahora, tales pecados leves, sin embargo, eventualmente pueden llegar a ser una fuerza mayor de división y destrucción. Así, el amor ha de cubrir una multitud de pecados, pero hay algunos pecados que lanzan la cubierta por los aires. Así, ¿cómo sé lo que he de pasar por alto y lo que no en las acciones de mis hermanos? Bien, hay tres cuestiones que necesitas preguntarte.

Primero, ¿está el pecado creando una tensión en nuestra relación? Esta es la primera pregunta que hay que hacerse. ¿Comienza a dominar mi mente? ¿Está haciendo que me vuelva negativo o amargado hacia la persona? ¿El impacto del pecado está causando fricción y división entre nosotros en la casa de Dios? Esta es la primera pregunta. Ahora, en segundo lugar, ¿el pecado que veo en la persona se está convirtiendo en un hábito pecaminoso? ¿Está la persona cada vez más enredada o endurecida por el engaño de este pecado, y está llevándola a pecar más? Ahora, en tercer lugar, ¿el impacto de este pecado está dañando la causa del reino de Dios? ¿Obstaculiza este pecado, por ejemplo, la obra de evangelización de la iglesia? ¿el nombre de Dios está siendo desacreditado entre los incrédulos o los de afuera? Estas son las preguntas que hay que hacerse.

Bien, a continuación, ¿cómo el Señor nos instruye para que tratemos el pecado del hermano o la hermana? La instrucción es clara: «Ve y dile su falta entre tú y él a solas». Así, antes que involucremos a otra persona, necesitamos tratar con él en privado. Y qué bendición para el que peca si este pecado puede permanecer como un asunto privado entre tú y él. Amigos, el mundo avanza con los chismes de los fracasos y faltas de los demás, pero Jesús quiere que su pueblo avance en la verdad y la santidad. Y por consiguiente, lo que es un pecado privado necesita permanecer en

privado tanto como sea posible. Esto no sólo salvaguardará el nombre del pecador, sino también el nombre de Dios. Todos conocemos el daño a la gloria de Dios cuando los pecados de su pueblo se difunden por ahí. Mantener los pecados privados es, por tanto, la manera de Dios de minimizar los efectos negativos de los pecados de su pueblo. Ahora, anteriormente ya hemos aprendido que “decirle su falta” debe hacerse en amor y en un espíritu de mansedumbre, considerando que todos somos lo que Pablo confesó en 1 Corintios 15, versículo 10: «Por la gracia de Dios soy lo que soy».

Así, en conclusión, repasemos lo que hemos aprendido. El Señor nos ha enseñado que los pecados deliberados han de ser tratados localmente. Son como grietas en el armazón estructural de un avión. Descuidarlos puede llevar al desastre. Y es por eso por lo que se nos advierte a no dar a Satanás ninguna ventaja, puesto que su principal estrategia es dividir y conquistar. Gracias.

En nuestro próximo estudio, finalizaremos Mateo 18, versículo 15, y lo conectaremos con las instrucciones de Jesús en Mateo 18, versículos 21 al 35, así como en Lucas 17, versículos 1 al 5. Y sería bueno que leyeran estos pasajes con anticipación.